

mente será considerado á proporcion de la figura que hiciere. Yo quiero darle un criado, mozo fiel, cuerdo y prudente; en fin un hombre de mi mano. Compré Vmd. dos mulas, una para sí, y otra para él, y sin perder tiempo parta lo mas presto que le sea posible.

No podia menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años, y de una idea humilde y devota. Dixo me ser rayano de Galicia, y llamarse Ambrosio Laméla. Lo que mas admiré en él fué que siendo los demas criados por lo comun muy interesados, este no se paraba en pedir gran salario. Dixome que en este punto se contentaria con lo que le quisiese dar. Compré botines, y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados; ajusté la cuenta con el Mesonero, y al amanecer partí de Burgos camino de Madrid.

## CAPITULO XVI.

*Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.*

**D**ormimos en Dueñas la primera jornada, y el dia siguiente entramos en Valladolid á las quatro de la tarde. Apeámonos en un Meson, que

que me pareció seria el mejor de la Ciudad. Mi criado se fué á cuidar las mulas, y yo mandé á un mozo de la Posada llevase la manga al quarto que me señalaron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché sobre una cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche quando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el Meson, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venia, y me respondió devoto y compungido, que de una Iglesia á dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devocion; y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba entró en mi quarto el Mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una dama ricamente vestida, la qual me pareció mas hermosa que jóven. Dábala el brazo un Escudero, y un negrillo la levantaba y llevaba la cola. Halléme no poco sorprendido, quando la dama despues de hacerme una ayrosa y profunda reverencia me preguntó si por ventura seria yo el Señor Gil Blas de Santillana. Apenas la respondí que sí, quando se desprendió del Escudero, y vino apresuradamente á darme un abrazo, con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el Cielo (exclamó ella por tan dichosísimo encuentro!) A  
Vmd.

Vmd. , Señor Caballero , á Vmd. venia yo buscando. Al oír esto se me vino á la memoria el parásito de Peñafior , y ya iba á sospechar que aquella dama era una solemne embustera ó una descarada petardista ; pero lo que añadió me obligó á hacer un juicio mas benigno. Yo soy , me dixo , prima hermana de Doña Mencía Mosquera , que debe á Vmd. tantas obligaciones. He recibido hoy mismo una carta suya , en que me participa el viage de Vmd. á la Corte , y me encarga le trate bien , y le obsequie si transitare por esta Ciudad. Dos horas ha que ando corriendo por toda ella, yendo de Meson en Meson á informarme de los forasteros que se han apeado en ellos ; y por la relacion que me hizo de Vmd. el Mesonero conocí que podia ser el libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle , quiero hacerle ver lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi Familia , y particularmente á mi querida Mencía. Me hará Vmd. el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa , donde estará menos mal que en un Meson. Pretendí excusarme , representando á la dama que no podia admitir su fineza sin incomodarla ; pero fué preciso rendirse á sus eficaces instancias. Habia dexado á la puerta del Meson su coche , que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de que se acomodase en la zaga la manga y todo mi equipage , porque

en

en Valladolid (dixo) hay muchísimos bribones ; lo qual era demasidamente cierto. En fin tomamos el coche ella y yo , con su viejo rodrigon ; y me dexé sacar del Meson de esta manera , con gran disgusto del Mesonero , que ya habia consentido en ganar mucho en esta ocasion.

Despues de haber girado bastante , paró en fin el coche á la puerta de una casa grande , donde subimos á un salon bien adornado é iluminado con veinte ó treinta bugias. Habia tambien muchos criados , á quienes preguntó la dama si habia venido Don Rafael. Respondiéronla que no ; y ella me dixo , volviéndose á mí : Señor Gil Blas , estoy esperando á mi hermano , que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aquí. ¡Quál será su gusto y su sorpresa quando se encuentre en su casa con un huésped á quien está tan obligada toda nuestra familia ! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras oímos ruido , y supimos que le causaba el arribo de Don Rafael. Dexóse presto ver este Caballero , que era un jóven de bello talle , y muy ayroso. Hermano , le dixo la dama , no sabes quanto me alegro de que hayas vuelto. Tú me ayudarás á cortejar como merece al Señor Gil Blas de Santillana. Nunca acertaremos á pagar lo que ha hecho por nuestra parienta Doña Mencía. Toma esta carta , añadió , y lee lo que en ella me es-

cribe. Abrióla D. Rafaél, y leyó en voz alta lo siguiente.

*Querida Camila: el Señor Gil Blas de Santillana, que acaba de partir á la Corte, me salvó el honor, y la vida. Pasará sin duda por Valladolid. Yo te pido y suplico, menos por el vínculo de la sangre, que por el mas estrecho de la amistad que nos une, le cortesjes y obsequios quanto puedas, obligándole á que descanse algunos dias en tu casa. Espero que no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de tí y del primo Don Rafael todo género de obsequios. Burgos &c. Tu amante prima: Doña Mencía.*

¡Cómo así! exclamó Don Rafael luego que leyó la carta, ¡es posible sea este el caballero á quien debe no menos que el honor y la vida la parienta! Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente, dixo: ¡oh qué gusto y qué fortuna la mia en tener en mi casa al Señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la Marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aquí. Sabemos muy bien mi hermana y yo cómo debíamos tratar á un hombre que hizo el mayor servicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda la parentela. Respondí lo mejor que pude á todas aquellas expresiones, y á otras muchas que se siguieron acompañadas de mil caricias. Advirtiendó despues Don Rafael que todavía tenia puestos los bo-

tines mandó á sus criados me los quitasen.

Pasamos despues al quarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa, colocándome á mí en medio de los dos hermanos, quienes entretanto cenábamos me dixeron mil expresiones cariñosas: celebraban todas mis palabras como otros tantos exemplos de gracia y de discrecion; y era de ver el cuidado con que me hacian plato, sirviéndome de quanto habia en la mesa. Don Rafael brindaba frecüentemente á la salud de Doña Mencía, y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos, y á veces me parecia que me miraba como á hurtadillas de una manera que podia significar mucho, y aun llegué á creer que para hacerlo se tomaba su tiempo, como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bastóme esto para persuadirme que ya era conquista mia aquella dama, y para resolver aprovecharme del descubrimiento, por poco que me detuviese en Valladolid. En virtud de esta esperanza me rendí facilmente á la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañía algunos dias. Estimaron mucho mi condescendencia; y la particular alegría que mostró Doña Camila me confirmó en la opinion de que habia hallado en mí un hombre muy de su gusto.

Viéndome Don Rafael determinado á detenerme algun tiempo me propuso un viage á su quinta, de la que me hizo una magnífica des-

crip-

cripcion, como tambien de las diversiones que habia de proporcionarme en ella. Unas veces, decia, nos divertiremos en la caza, otras en la pesca; y si Vmd. gusta de pasearse encontrará bosques sombríos y Jardines deliciosos. Ademas de eso no nos faltará gente, ni buena compañía; y espero que no echará Vmd. menos la Ciudad. Acepté la oferta, y quedamos en que al dia siguiente partiríamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolucion; y Don Rafael, trasportado de alegría, me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome: Señor Gil Blas, ahí le dexo á Vmd. con mi hermana, yo voy á dar las órdenes necesarias para el viage y para que se avise á las personas que han de ser de la partida. Diciendo esto se salió del quarto, y yo quedé á solas con la dama dándola conversacion, en la qual no desmintió lo que yo habia juzgado de las dulces ojeadas de la cena. Tomóme la mano, y mirando con atencion la sortija, dixo: parece muy lindo este diamante, pero es pequeñito. ¿Entiende Vmd. de pedrerías? respondíla que no. Lo siento, me replicó ella; porque si lo entendiera me diria cuánto vale esta; mostrándome un grueso rubí que tenia en el dedo; y mientras yo le consideraba, añadió: regalómele un tio mio que fué Gobernador en Filipinas, y los Joyeros y Plateros de Valladolid le estiman en trescientos doblones. Lo creo, repliqué yo, porque  
me

me parece excelente. Pues ya que á Vmd. le gusta, repuso ella, quiero hacer un trueque. Diciendo y haciendo, me cogió mi sortija, y metióme la suya en mi dedo. Despues de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y novedad, me apretó la mano, y me miró con ternura: hecho lo qual se levantó de repente, y se retiró confusa y como avergonzada de haberse explicado con sobrada claridad. Aunque era yo entónces un cortejante de los mas novicios, no por eso dexé de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en el campo. Lleno de esta lisonjera idea, y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el quarto donde habia de dormir, previniendo á mi criado que me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme me entregué enteramente á los alegres pensamientos que me inspiraban mi bolsillo y mi rubí. Gracias á Dios, decia, que si antes fuí miserable, ya no lo soy. Mil ducados por una parte, y una sortija de trescientos doblones por otra es un decente fondo para vandearme con él algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mujeres, quando tan pronta y tan facilmente se riadió Camila. Veníanseme á la imaginacion todas las expresiones y acciones de aquella  
da-

dama, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que Don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo esto, á pesar de unas ideas tan gustosas, no dexaba el sueño de hacer su oficio; y así sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el día siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado, pero dixé entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio estará en alguna Iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, por dar lugar á otro menos favorable, aunque mas justo y verdadero; porque habiéndome levantado, y no hallando mi maleta en todo el quarto, sospeché que me la habia robado por la noche. Para confirmar ó deponer mi sospecha abrí la puerta, y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces, y con voz muy esforzada. A mis gritos vino un viejo, y me dixo: ¿á quién llama Vmd., Señor? toda su gente salió de mi casa antes de amanecer. ¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. Pues qué; no es esta la de Don Rafael? Yo no sé quién es ese Caballero, respondió el huésped: solo sé que esta casa es una posada, que yo soy su dueño, y que una hora antes que llegase Vmd., aquella dama con quien cenó anoche, vino á pedirme un buen quarto para un Caballero principal que viajaba incógnito: yo la dí este,

te, habiéndomelo pagado anticipadamente.

Caí entónces en cuenta, conocí lo que debia pensar de Doña Camila y de Don Rafael, y comprendí que mi criado, instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mí solo la culpa de tan desagradable incidente, y de conocer que no me hubiera sucedido á no haber tenido la ligereza y la indiscrecion de abrirme con Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna, y eché mil maldiciones á mi estrella. El Posadero á quien conté mi aventura (de la qual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo) mostró acompañarme en mi dolor. Compadecióse de mí, y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo, á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en él como el Mesonero de Burgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion de esta picardía.

## CAPITULO XVII.

*El partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la posada.*

Despues de haber llorado bien, pero inutilmente mi desgracia, comencé á hacer reflexiones, y saqué de ellas que en lugar de entre-